

El pecado es un negocio ⁽¹⁾

El pecado es un negocio, y un excelente negocio; más exactamente el pecado es un **trust**, y el mejor de todos, el que mayores seguridades da de hacer dinero y el menos amenazado de las famosas "crisis cíclicas". Satanás es un buen patrón; paga bien a quienes le sirven y nada se escapa en sus despachos y fábricas. Imaginemos que, de un solo golpe, un genio, maligno a fuerza de benevolencia, suprimiera las industrias todas que luchan en halagar la concupiscencia, alimentando el orgullo, satisfaciendo la vanidad, excitando la gula o la lujuria. ¡Cuánta pérdida significaría aquello para la economía y qué quiebra para la Bolsa!

Tradiciones puritanas o jansenistas exponen a muchos hombres de bien a no imaginar el mal, sino bajo las apariencias de las faltas carnales. Si se les habla de la explotación con el pecado, espontáneamente y con rostro congestionado y gesto de disgusto, recordarán el libro obsceno, el cabaret y el prostíbulo. Ellos no tienen inconveniente en protestar contra todo lo que, en el hombre, desencadena al gorila lúbrico; mas, en breve se verían falseadas sus conciencias si, ateniéndose a máximas de santidad, no atendieran a la ocasión que pudiera presentárseles de negociar con la inmundicia. Por cierto, no hay comercio que no especule con la provocación de las pasiones humanas; acaso ese amor por el dinero, anclado tan profundamente en los corazones más limpios y tan conscientemente utilizado por la economía capitalista como motor y regulador de su actividad, ¿acaso, de-

(1) Traducción del francés que la Administración de esta Revista ofrece a sus lectores.

cimos, no es él, con las cadenas que facilita al egoísmo y las corrazas que le opone a la caridad, la prédica sistemática de los peores principios?...

Y, si de la política tratamos, ¿cómo podríamos pesar la desmedida consumación de pecados que, a diario, provoca ella?... Dejarían de vivir las dictaduras, si no despertaran en los pueblos esos grandes delirios de orgullo colectivo que extienden sobre el mundo sombras tan densas... Sin embargo, las democracias igualitarias trafican con los caprichos de las masas; los partidos de orden estimulan todavía la avaricia de los poseedores; todos los tribunos cultivan el odio y, entre los móviles que impulsan a ciertos regímenes, ya a la persecución de la Iglesia de Cristo, ya a expulsar a Dios de la sociedad política, no es el de menor atención, esa vieja rebelión de la naturaleza desordenada frente al ascetismo sobrenatural de la Cruz.

En los puntos que, en seguida, he de abordar, no entraré en la descomedida ambición de catalogar los extravíos del mundo. Me contentaré tan sólo con algunas observaciones sobre la industria, singularmente floreciente, de negociar con el pecado, ya de escrito o por la stampa. Colosales rotativas van y vienen a día y noche, en las ciudades todas del planeta, sembrando en las almas el odio, la mentira, el vicio; mecanismos ingeniosos en captación de formas y sonidos, nublan los ojos y llenan los oídos con sus falsos productos. El pecado no vive ya tan sólo dentro de nosotros, en nuestra pobre naturaleza; fuera también el mundo lo elabora, la sociedad lo organiza y lo difunde la técnica. El nos asedia y nos sofoca.

Ufanos vivimos de nuestra literatura, y con justicia, pues, sin ella, ¿qué sería de nuestro pensamiento?... Si Montaigne, Voltaire y Renán no hubieran escrito, si Ronsard —y, a propósito, no cito sino a muertos— si Racine, Hugo y Baudelaire, no hubieran cantado, carecería el día para nosotros de igual luz y la vida de todo su sabor. Pero, en esas aguas transparentes, ¿quién no ve agitarse al pecado?...

Las letras, en general, y más singularmente las nuestras, están fundadas sobre cimientos que Satanás ha cavado con sus manos. Toda literatura, toda poesía, especialmente, vive de pasiones. Sólo emergen de las tinieblas de la nada, sólo se salvan de la noche del olvido aquellos cuyo corazón arde como brasa:

Aquiles y Orestes, Antígona y Didón, Tristán y Parsifal. No vivirían, sin las llamas que los consumieron. Porque, a la verdad, no toda pasión es necesariamente mala. Puede darse una literatura de tendencias idealistas, que obedezcan, sobre todo, a pintar pasiones exaltadoras de la voluntad, a representar esos impulsos creadores y altruistas que han hecho y hacen los héroes. Mas, no es eso lo común en la literatura francesa que, en vez de una forma heroica, posee, si así puedo expresarme, una forma clínica. Nuestra literatura, casi siempre, estudia la pasión en el sentido psicológico de la palabra, atendiendo a la enfermedad del alma que ella encarna. Más que tales, los héroes cumbres de la literatura son enfermos, y no sólo enfermos de amor, sino también de ambición, de avaricia o de orgullo. Enfermos son Fedro y Saint-Preux, René y Julián Sorel, Dominique y la mayoría de los personajes de Balzac, Olympio y el Musset de las Noches; enfermo es Baudelaire, el de las **Flores del Mal**. Al afirmarse que el francés carece de cabeza épica, quiere decirse, a mi entender, que busca en los libros, no la imagen ideal del hombre, en tamaño mayor que el natural, sino una observación tan exacta, tan objetiva y tan cruel, cual sea posible; una observación clínica y (repetimos la palabra) con todas las debilidades y los vicios de la naturaleza humana. En resumen, las letras francesas, clásicas y románticas, viven, por lo común, del **conocimiento del pecado**...

Mas, si es preciso asentar aquéllo, no es porque urja dolernos de su verdad. Quien dice conocimiento, no está hablando de exaltación. Nuestros clásicos antiguos, demasiado claros y muy razonables para no afrontar el tema, declaraban en sus prefacios: "Pintamos el vicio y las pasiones vergonzosas, pero castigándolas, ofreciéndolas en toda su miseria, pues nuestro objeto, en el fondo, es el de instruir y edificar al lector o al espectador". Algo de cierto rezaba esa defensa. La verdadera virtud se acomoda mal con la ignorancia, y una conciencia cristiana, mejor aún, católica, adiestrada en la disciplina de la confesión, prefiere, por sobre todo, la legitimidad y la misma salubridad de virtudes vigorosas y arriesgadas, llenas de análisis interior a través de los turbiones de la naturaleza. Avanzando un poco más, podría hasta justificarse, en algún modo, no sólo esa especie de psicología de la naturaleza enfermiza, objeto acos-

tumbrado del arte clásico, sino el mismo lirismo de la pasión santificadora, que da su acento al estilo romántico. Para ello, nos bastaría considerar únicamente que, al decir de Baudelaire, la concupiscencia, muy a menudo, es **un gusto por el infinito que se equivoca de camino**, y tratar asimismo de escuchar en el grito adolorido de la pasión romántica, tanto el llamamiento inconsciente al amor divino, como la desilusión amarga por lo que no es ese amor.

Mas, a pesar de tal reconocimiento, no nos apresuráramos a creer resuelto el problema ni franco el camino. Porque el más honrado de los lectores o el escritor de mayores escrúpulos, ¿habrán de percibir siempre en el lodo y polvo de esa sinuosa senda el límite impreciso y brumoso que separa al conocimiento de la curiosidad por el pecado?... La imagen del mal, con todas sus horribles y dolorosas sombras, seguirá siendo seductora: está hecho de tal modo el hombre que, frente a los grandes incendios del corazón, si no se asusta por las cenizas producidas, tampoco se estremece ante la destrucción de las llamas. Mientras el dramaturgo, el novelista o el poeta no vivan desconfiando de sí mismos, ellos, bien que conscientes de la impureza de su arte, que mucho puede afligirles, andarán expuestos a aferrarse a ella y a hacerse demasiado amable la materia manchada.

¿Qué decir entonces del escritor sin fe y sin conciencia que, en un escepticismo cómodo, o no importa dentro de cuál religión idolátrica del arte o, descendiendo todavía más, dentro de un concepto enteramente comercial de su oficio, halla manera de eludir sus responsabilidades morales y de entregar su pluma al libertinaje?... Habiéndome prometido no hablar de viviente alguno, callo en este momento nombres que asaltan mi atención. Pienso sí en el novelista aquel, admirado, honrado, premiado, leído por gentes de bien, sobresaliente en el dón de revestir de elegantes seducciones esa satisfacción cobarde que ampara su descubierto egoísmo; y pienso también en ese brillante cronista tan disputado por los diarios, en ese erudito pornógrafo, hábil para sustraer de los rincones de la historia algún viejo papel trascendente a escándalo, o codificar en manuales de pretendida decencia las peores costumbres de una sociedad desmoralizada.

Para un último ejemplo, salgámonos de la literatura. Tanto más que allí no quiero demorarme, pues el aprovechamiento del pecado por el hombre de letras (o, en lo general, por el artista) complicaría con consideraciones de estética, que no son del lugar, el problema moral, único en nuestros propósitos. Y pasando del libro al periódico, daremos más claridad al tema y mejor luz al escándalo.

El arte del periodismo —que, en ningún modo, trataré de rebajar porque es arduo y útil— tiene de particular que, en vez de atender a la creación de valores intemporales, —ambición constante a que debe aspirar el escritor—, se limita sistemáticamente a lo actual y sólo construye para cada día. Más preocupado por verdades relativas que por las absolutas, frente al cuidado de dirigir la acción del hombre antes que de elevar su espíritu a la contemplación, el periodista, mejor que el novelista o el poeta, está apremiado por las exigencias de la moral. Su auditorio es más vasto y su influencia más inmediata: por vocación, es un informador de conciencias.

En naciones de alta cultura, función de tan primera importancia no debería serle entregada al primero que se presente; deberían exigirse para ella condiciones estrictas de saber y de moralidad; el periodismo debería reclamar escuelas especiales y profesión propia, como existen cátedras y profesión de abogados. Es de sorprender, en verdad, que sea la del periodismo una de las pocas carreras para la que ninguna instrucción se reclame. A ella arriba el que quiere y en ella acierta cualquiera. El oficio, se dice, se aprende con el oficio, lo que, si técnicamente aceptable, no reza, sin embargo, con las obligaciones intelectuales y morales de un hombre que viene a orientar la opinión. La atmósfera afiebrada de las mesas de redacción, esa dependencia tan material del periodista respecto al administrador del diario, aquella especie de escepticismo desarrollado naturalmente en el ejercicio de las formas más fugaces de la verdad, no son, ciertamente, factores propicios al desenvolvimiento de ese par de virtudes, por sobre todas, las más indispensables en nuestro caso: probidad intelectual y sentimiento de la responsabilidad moral.

No nos extrañen, pues, las consecuencias. Difundido el periódico en profusión sin límites, se constituye, no sólo en el ve-

hículo más cómodo del error y de las falsas ideas, sino en una invitación cotidiana y constantemente multiplicada a toda especie de pecado. Nueve veces sobre diez, es el periodismo negocio por excelencia que exige de continuo el halago de los caprichos del público. El cuidado de la verdad, así sea el simple escrúpulo por la exactitud en la información, desaparece ante la idea de tener satisfecho al lector. ¿Que aquél proceso enfrenta a dos hombres de tendencias políticas diferentes?... No confiéis en que los periódicos os relaten con fidelidad las deposiciones de testigos o los argumentos de los abogados. Ellos sobresacarán de entre los hechos los que mejor convengan con la opinión de su público, acompañándolos, según el caso, de crecidas alabanzas o comentarios enfurecidos. Aún más, tales periódicos se apresurarán a recoger las más ligeras sugerencias que, por tan peligrosa bocina, llegarán al lector con todo el peso y el volumen de una invencible calumnia. El señor X... es un ladrón, un traidor, un asesino, sin comprobante alguno. Y cien mil lectores, deseosos de que sí lo sea, al saltar del lecho, leerán felices aquello, mientras paladean su trago de café. Mas, como no hay objeto de ponerse en el trabajo de lanzar acusaciones categóricas que caerían bajo la sanción de la ley, el arte estará entonces en crear atmósfera, en saber insinuar, en poner bien los interrogantes. Satanás, ducho en la faena, no ignora que, teniendo consigo la complicidad de la naturaleza torcida, necesita de no comprometer el negocio con juegos demasiado bruscos. Ya el golpe está dado; cien mil lectores repetirán todo un día que el crápula del señor X... es un ladrón, un traidor o un asesino. Mañana lo proclamará un millón de lenguas. Roto el dique, el agua se infiltrará, muy a la vista, por miles de canales. Y anda, tú, víctima, a ensayar tu defensa, a intentar detener gota a gota la inundación de la calumnia. ¿De qué te estás lamentando?... Tu caso no nos interesa; lo esencial radica en que el tiraje del periódico se mantenga o aumente. Tras de una doble serie de consecuencias, estaremos ante estas dos escenas: la del hombre que, agriado por el rencor y presionado por la venganza o la desesperación, sufre en silencio, allá en el fondo de su hogar, herido por la deshonra; y la escena de la opípara mesa, frente a la cual, los administradores y redactores del diario festejan,

copa en mano, el éxito feliz del negocio y el acrecentamiento de las utilidades.

Hasta ahora he venido refiriéndome a la prensa en países de tipo liberal. La cosa no es mejor en aquéllos donde la voluntad soberana de un jefe dicta, tarde a tarde, a sus funcionarios lo que debe pensar al día siguiente el rebaño nacional. Regímenes semejantes sólo logran su sostenimiento apoyados en las pasiones populares, de belleza casi desconocida. ¡Animo, lacayos del periodismo, sacudid el odio y el orgullo, la envidia y la cólera! ¡Y, si el vino no pica lo bastante, sazónadle de mentira y embriagad con ella a los brutos!

Pocas características tan graves de la crisis espiritual en que se debate nuestra civilización, como esa especie de impotencia general de las inteligencias para lograr la verdad de los hechos y juzgarlos sobre pruebas. Cada día, con más intensidad, piensan y actúan los hombres soñando despiertos un sueño cuyas pasiones, más o menos conscientes, suscitan las imágenes y ordenan los movimientos. Y todavía de otro modo, favorece la prensa esa decadencia: desde hace largos años, ¡oh prodigio de la técnica!, ha encontrado ella el modo de hacerle nido a la pereza. En un tiempo, la lectura de un diario reclamaba, al menos cierto esfuerzo, representando, por consiguiente, un ejercicio espiritual. Hoy, en la mayoría de los periódicos, la imagen reemplaza al texto, y el texto mismo, ufano de títulos, semeja, cada vez más, un tablero de noticias. Todo nos invita a la búsqueda de escenas agradables o de nociones simplificadas, tales como las fingen nuestros deseos. Ya el diario no nos informa: él nos conforma; nos suministra vicios; nos procura agradable somnolencia, y henos aquí desembarazados, por fin, de las dos cargas de conciencia y juicio, que, como a hombres, nos quedaban.

Bien quisiéramos referirnos ahora a la explotación de la lujuria por el periódico. Muy sabido tenemos con cuánto arte utilizan los diarios de gran tiraje los medios más groseros de picar la curiosidad y de afiebrar las mentes en cuanto dice relajamiento de la decencia, multiplicación de las imágenes picarescas y lecturas licenciosas, y en cuanto se refiere a la indiscreción



sobre la vida amorosa de las grandes damiselas y sobre los escándalos del mundo y del teatro. Mas, por pésima que sea la cotidiana incitación de la imaginación erótica, podríamos tenerla por inocente al lado de aquella sección llamada a remover el fondo encenagado de la naturaleza pervertida. Quiero referirme a la sección criminal. De escrito y por la estampa, ha adquirido ese capítulo, en la gran mayoría de la prensa, aún la honrada y limpia, una importancia cuya desproporción asombra al observador serio en quien la costumbre no ha embotado aún el juicio. Mientras más atroz sea un crimen, más despierta la fantasía del periodista y mayor derecho le dá para las "manchetras" sensacionales. En primera página y a un mismo nivel con las noticias de actualidad política, figura el crimen, que relega a último término lo que sólo hable del tesorero esfuerzo de los hombres de buena voluntad o de la miseria de los pobres. Si una suegra con sus manos feroces estrangula a la nuera, es el caso para quince días de relatos patéticos, de fotos emocionantes, de entrevistas a vecinos y porteros; y tres meses más tarde, habrá de resucitarse el proceso, cuando aparezca en audiencias aquella mezcla atroz de crueldad y de sangre. Mas, si cien mil jóvenes obreros se reúnen en todos los rincones de Francia para rendirle homenaje a Cristo, o si veinte sabios venidos de diversas regiones del mundo, conferencian sobre los resultados de años de experiencia para la lucha contra el cáncer o contra la tuberculosis, eso merecerá tan sólo treinta líneas de segunda página en los diarios de gran formato. Y el escándalo —que pesa sobre toda la sociedad— del gamín hallado muerto de hambre y de frío a las márgenes del Sena, suceso es ese que ocupará cuatro renglones, en pequeños caracteres, de la crónica sobre perros estrangulados.

Se me argüirá quizá que la importancia concedida a la información criminal tiene su fin moral, pues, como bien puede apreciarse en las audiencias judiciales que tanta cólera levantan en la multitud contra el asesino, ella conduce a despertar la indignación. Mas, ante todo, no corresponde a los hombres atizar contra el culpable las furias de una multitud. Cuando un mortal ha caído tan en desgracia que se entrega a los peores impulsos de su naturaleza, sólo es acreedor al castigo de las leyes

humanas y, en el fuero de su conciencia, a los juicios divinos. El magistrado impone penas; Dios perdona; la multitud debe callar. Por otro lado, quizá pecando de ingenuos podríamos creer en miramientos morales por parte de periodistas que se revuelcan en el lodazal del escándalo o de lectores, cuyos ojos, inmensamente abiertos, buscan por las entrelíneas los detalles escabrosos. Explotación del vicio y especulación con los instintos perversos, he allí el fondo del negocio. Con todo, seamos optimistas y admitamos en la mayoría de los lectores una perfecta sanidad moral y una limpieza de corazón tal, que semejantes temas no podrán remover fango alguno ni podre secreta de ninguna especie. Sin embargo, dentro de esa enorme multitud, nos encontraremos con almas enfermas que asechan y atrapan el bocado, que lo mastican, lo digieren y hacen de él su substancia, quedando siempre a la espera del periódico del día siguiente que habrá de traerles nueva atroz producción. Por culpa de la prensa, el crimen obra a manera de fermento que viene a abonar las conciencias dispuestas a recibirlo, hallando, de continuo, en sí mismo su propio renacimiento.

Tan sólo he hablado hasta el momento de esa prensa de cada día que se abre sobre nuestras mesas de estudio, se exhibe en los cafés y la que no importa quién deba leer. Mas, ¿cómo apellidar esas otras publicaciones especiales: la de periodiquillos satíricos donde maestros del oficio hacen dinero con sus calumnias; la de publicaciones eróticas y pseudoartísticas, la de literatura sonrosada para hombres de negocios enervantes, y, descendiendo más, la prensa puramente pornográfica, llena de ilustraciones sugerentes y de sutilezas para hacer cumplir al vicio sus cometidos; esa prensa, por último, mezquina y especializada en el informe criminal y escandaloso y que, dentro de su atraente manera de captar los secretos policíacos, llega, a ningún precio, a manos de adolescentes y de jóvenes?... Salid a la calle, llegaos al primer kiosco que se os presente, y allí veréis expuestos, abiertos a las peores codicias, esos frutos emponzoñados y perjudiciales. Que quien quiera los compre; eso no le hace. Bien puede ser el hombre de pulcro vestir, cuyo temblor de pulso está denunciando al pecado; bien puede ser ese anciano cargado de achaques, que arrastra por la acera sus cansados pasos, o

aquel colegial, aún no exento de pudores, que esconde bajo el abrigo la suciedad adquirida.

Por sobre todo, soy partidario de la libertad. Para silenciar a quienes urden medios de reducir al silencio a espíritus libres, quiero admitir que, como un mal menor, hemos de soportar los excesos de la prensa de opinión. Mas, el acopio de aquella literatura especial, que vive del cultivo del crimen y del vicio para negocio de escritorzuelos despreciables, el libre comercio de esa mala droga, en justicia, no tiene por qué tolerarla una sociedad. Debemos sobre el particular, fustigar a la opinión, enderezar las costumbres y, en lo posible, activar la legislación.

Cierta escuela de médicos y psicólogos, reduciendo a los impulsos sexuales las fuentes de nuestra energía, ha pretendido explicar por los varios modos de la represión, nuestros estados mentales y nuestras tendencias morales. Tesis inaceptable, en tratándose de hombres sanos y de gran sencillez, pero justa, cada vez más, dentro de esta naturaleza artificial que la moderna civilización pretende fabricarnos. Esa continua provocación por escrito y de representación, por el diario y el "afiche", ya no permitirá, así no más, a caracteres debilitados libertarse de la obsesión erótica, síntoma infalible de degeneración en las razas.

En esta especie de descomposición intelectual y moral del hombre moderno, la imagen juega papel singularmente disolvente. Ella nos sigue por doquiera y esa décima musa que es la Publicidad, la exhibe en todo rincón de la calle, en las vitrinas de los almacenes, en las revistas ilustradas. Sabedora de que nada como lo que despierta su imaginación sexual, tiene más atractivo en el lector, la publicidad abusa de ello. Y en el cine es donde mejor se efectúa la labor.

No se trata, ciertamente, de desacreditar un invento técnico que puede proporcionar a grandes masas humanas horas de expansión y de satisfacciones estéticas, herencia un tiempo de pocos privilegiados; no se trata de negarle al cine los distintivos que caracterizan un arte nuevo ni de repetir contra la pantalla los anatemas excesivos con que, en otro tiempo, abrumaban al tea-

tro algunos cristianos severísimos. Pero hemos de confesar que el cine, por naturaleza propia, amenaza, en forma particularmente peligrosa, el equilibrio mental y moral de quienes lo frecuentan. Atendido, de un lado, su sistema de desarrollo en cuadros, en abundancia y diversidad extraordinarias, tenemos que el espíritu se encuentra por entero inerme, listo para lo que de él se pida. Con impresiones y supraimpresiones multiplicadas, el cine hace de la memoria un caos, adormece el juicio, fuerza la adquisición de una cultura verdadera, que sólo puede ser obra de lucha, de reflexión, de buen gusto, de orden. (Duhamel, en su **Defensa de las Letras**, ha iluminado lo bastante esta idea y constatado a cabalidad que el cine, anestesia de las conciencias, es el arte favorito de los regímenes totalitarios). De otra parte, el cine está llamado a conmover vastísimos públicos constituidos, en su mayoría, por inteligencias poco adiestradas y expuestas, por su escasa facultad crítica, a una dócil seducción de la imagen. Sería de desearse en los autores y actores de "films" un serio conocimiento de psicología individual y colectiva y una alta consciencia de sus responsabilidades morales. Por lo común, unos y otros viven vacíos de ambos requisitos. Bien es cierto que, de tiempo en tiempo, se ennoblece la pantalla con películas capaces de humanizar multitudes, pero, por desgracia, ellas nos vienen del extranjero. ¿Cómo olvidar, en este instante, el trabajo heroico salido de ciertos estudios soviéticos; cómo no recordar ese "film" alemán, de delicioso sabor, o aquella creación de Charlot, tan auténticamente molieresca, por la que "al terminar de reír debería llorarse"?... Mas, por una que otra obra de ese valor, tenemos muchísimas que desarrollan por kilómetros las ideas más idiotas, los sentimientos más bobos y los lugares comunes de mayor desagrado. El grueso de la actual producción cinematográfica lo constituyen el "film" norteamericano de escenas policíacas y la opereta francesa. Declaro que me decido por el primero, antes que por ese aspecto falsamente alegre de la vida y fingidamente simple del amor, vulgaridad risueña a la que un público no entregaría un solo instante su corazón sin riesgo de recobrarlo maltratado.

Escritas estas líneas, me temo que, mal comprendidas, atraigan sobre mí acres censuras, pues quizá pueda leerse en su severi-



dad un puritanismo ridículo o, cuando más, un fariseísmo odioso. Y tal vez se diga: quien así grita contra los pecados del mundo ¿se estará teniendo por santo? ¿Será un clérigo quien se dá esos lujos de predicar? ¿Acaso no habrá escrito en esos diarios que tan impíos presenta? ¿Lejos andará de esta culpable sociedad quien de anatemas la cubre con tanta falta de autoridad? Mudo me dejarían esos agravios, si mi propósito hubiera sido el de condenar pecados individuales o censurar a personas determinadas. Ninguna tarea, como esa, tan difícil de llenar y de mayores inconvenientes para un laico, perdido en las luchas y obscuridades del mundo. Mas, no es contra las flaquezas de los pecadores contra lo que yo me indigno; quien no ha caído aún tan hondo, jamás podrá irritarse ante el lodo de ciertas manos y las manchas de algunos rostros. Otra cosa sí es protestar contra la explotación sistemática, contra la aceptación colectiva y la aprobación social del vicio. Sobre tales particulares, cada uno de nosotros tiene el derecho y el deber de hablar, porque no se trata de faltas de fulano, sino de una responsabilidad que cargamos todos solidariamente.

Lo que sólo es debilidad de un hijo de Adán, tan grave y torpe como se quiera, nadie tiene facultad para lanzarla a la cara como oprobio ni humillar a nadie por ella. Donde siempre está listo el perdón de Dios, resulta irrisoria la indignación del hombre. El escándalo no está propiamente en el pecado sino en el pecado público, y no sólo el cometido por el individuo sino el aceptado por la sociedad; el escándalo consiste en el pecado constituido en cosa normal y lícita, en **institución**, si así puede hablarse. El escándalo consiste en el pecado entronizado en las costumbres y en las leyes, de suerte que los individuos hagan el mal, sin conciencia ya de que lo que están obrando es malo. El escándalo no está en la prostitución de unas cuantas miserables, sino en que ellas lo hagan con la autorización y bajo la vigilancia de la policía, existiendo en los propios renglones oficiales algún rincón al servicio de esa prostitución. El escándalo no está en que escritores o artistas se sirvan de sus talentos para excitar las malas pasiones de individuos o multitudes, sino en que el libro, la prensa, el teatro, el cine, sean órganos que merezcan la tolerancia del poder y el apoyo del público, porque halagan el orgullo, despiertan la soberbia, fomentan la mentira, alimen-

tan el odio y regalan a la lubricidad. Registra la historia pocos hombres malditos, pues Dios no ha querido desesperar de la libertad de un alma, pero existen sí ciudades malditas porque la corrupción introducida en leyes y costumbres debe ser castigada sin complacencias.

Quien haya reflexionado una vez siquiera sobre estas cosas no encontrará ya de tanto deslumbramiento la civilización que nos envuelve. Todo el éxito magnífico de la técnica y del arte, todo aquel trajín y todo el bullicio y toda la luz no tienen ya a nuestros ojos esa importancia o el brillo que, en un principio, nos causó pasmo. Pésele a las apariencias en uso, el amor, que sólo era deseo, deja al descubierto su mueca de obscenidad; la espada, a órdenes del orgullo, chorrea sangre de homicidio; por el suelo ruedan ahora las caretas y los oropeles; la carne misma, esa carne tan adulada y corrompida, yace en descomposición, quedando únicamente del jaleo repugnante, un loco vaiven de cuerpos que han perdido su alma, una danza macabra que, sobre la pendiente de la eterna ausencia, van ejecutando esos viejos y excelentes compañeros que se llaman Pecado y Muerte.

No vivamos tranquilos. Cuando una sociedad alcanza cierto grado de corrupción, así en extensión como en profundidad, el fuego del cielo no tiene necesidad de llover para destruirla, pues poderosa es ya para consumirla, esa llama que arde en sus entrañas. El desbridamiento de los instintos, sin tardanza, vendrá a transformarla en una jauria enloquecida cuyo castigo está en sus propios furoros. El orgullo y los apetitos carnales, sistemáticamente cultivados, engendran la sedición y la guerra, arrojan unas contra otras a las naciones alucinadas y a las masas enceguecidas. En los balances de una justicia que no espera a la eternidad para dictar sus fallos, la Revolución y la Guerra responden al cúmulo de nuestros pecados y son el precio de la lujuria y del orgullo.

Las civilizaciones sanas nada tienen que temer de la fuerza. La invasión que las amenace, o se estrella contra ellas, o es absorbida por ellas. Pero para una civilización que se ha dejado corromper en su medula, para una civilización que negocia con el honor del hombre, con el pudor de la mujer y la inocencia del niño, jamás puede haber ni medios de defensa externa ni



muralla militar o política alguna y, tarde o temprano, deberá oír la hora de los **grandes bárbaros blancos**.

No he compuesto este escrito para provocar los espíritus a la desesperación, sino para resucitar en las conciencias el sentimiento de sus responsabilidades actuales. Nunca se repetirá lo bastante que la suerte del mundo no se juega tanto en los hechos espectaculares de la historia cuanto en esa lucha obscura que, segundo a segundo y silenciosamente, libran en lo íntimo de cada hombre el amor y el orgullo, el espíritu y la carne.

Pierre-Henri Simon.

